

5595

30
cts

La novela
MUNDIAL

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

POR

CARMEN DE BURGOS "COLOMBINE"

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

NOVELA

R-5595-A

ILUSTRACIONES DE ROBERTO

ESTA OBRITA NO
SE PRESTA



LA NOVELA MUNDIAL

ANO I 5 DE AGOSTO DE 1926 NUM. 21.

MADRID

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

NOVELAS

Los inadaptados.—*El último contrabandista.*—*El retorno.*—*Los espirituados.*—*La malcasada.*—*La mujer fantástica.*—*La rampa.*—*Los anticuarios.*—*El tío de todos.*—*En la guerra* (novelas cortas).—*La hora del amor* (novelas cortas).—*Ellos y ellas* (idem id.).—*Mis mejores cuentos.*—*Cuentos de "Colombine"*.

Y más de cien novelas cortas no coleccionadas en tomo todavía.

LIBROS DE VIAJES

Peregrinaciones. (Suiza, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Portugal).—*Cartas sin destinatario.* (Bélgica, Holanda, Luxemburgo).—*Por Europa.* (Francia e Italia.)

CRÍTICA

Giacomo Leopardi.—*Fígaro.*

LITERATURA

Al balcón.—*Confidencias de artistas* (dos tomos).—*Amadis de Gaula* (estudio).

BIBLIOTECA PARA LA MUJER

Más de 30 tomos prácticos.

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

"No me importa que me crean mejor o peor por lo que digo; la gatzmoñería ambiente no reza conmigo; soy lo bastante fuerte para permitirme decir lo que siento, despreciando los juicios vulgares. Los que me conocen me aman y me estiman; el público busca ansioso que se le diga la verdad, que se rompan los convencionalismos. El lema que prefiero es Arte y Libertad."

Estas palabras, tan nobles y tan sinceramente expresadas, deslizáronse en una autocrítica hecha por Colombine de un libro suyo. Ellas pintan, mejor que cuanto pudiéramos decir, la psicología de Carmen de Burgos, que no sólo en su obra, sino en su misma vida, puso siempre esas características de fortaleza, liberalismo y verdad.

Carmen de Burgos nació en Almería, y cuando muy pequeñita lloraba, con esa sinrazón con que lloran los niños, no había procedimiento mejor para hacerla callar que darla un periódico, con el que se pasaba las horas muertas, mirándole. No es posible, pues, mostrar en edad más temprana la vocación de periodista.

Muy poco tiempo después, aun no tendría siete años, cuando, sin saber leer, entreteníase recortando figurines de La Moda Elegante y, con aquellas vistosas damas y flamantes caballeros, componía larguísima novelas habladas.

En un delicioso vollecito andaluz, que ha servido de escenario para muchos de sus cuentos y alguna novela, transcurrió su adolescencia, siendo allí donde, según propia declaración, grabóse en su alma "el panteísmo y el ansia ruda de los afectos nobles, la rebeldía contra el engaño y la injusticia".

Porque, ante todo y sobre todo, Colombine ha sido siempre un espíritu rebelde, una pluma vibrante, con ardetos nada femeninos, una conciencia alerta para la defensa de los derechos de su sexo y de las prerrogativas de las clases menesterosas.

Ha colaborado en los principales periódicos y revistas de España y América, y ha sido la primera mujer que ejerció el cargo de redactor, primero en Diario Universal, y después en Heraldo de Madrid, manteniendo con la constancia de su pluma campañas tan bien orientadas como la del "Divorcio en España", "El voto de la mujer" y la "Defensa a la raza Sefardita".

Como profesora de la Escuela Normal Superior, Colombine ha publicado libros didácticos y artículos en la Prensa profesional y como conferenciante se ha hecho aplaudir de públicos españoles y extranjeros, habiendo hablado ante la Asociación de la Prensa en Roma, en la Sorbona y en el museo del Louvre, en París; en las Universidades de Madrid y Méjico, en los teatros Nacional, de la Habana, y Odeón, de Buenos Aires; en la Casa del Pueblo, de Madrid y en la Sociedad "El Sitio", de Bilbao, entre otros muchos lugares.

Su labor como traductora y arregladora de grandes obras clásicas es vastísima, habiendo traducido a Moebrics, Renan, Tolstoi, Ruskin, Longo, Bracco, Gerardo de Nerval, Max Nordau, Rachilde, Marcelle Tinayre, Rosny, etc.

También ha hecho algunas pruebas teatrales que la hicieron cosechar abundantes aplausos.

Pero donde con más desenvoltura se mueve y más ahonda el surco de su pluma es en el cuento, en la novela y en el libro de viajes que a todo llega con el vuelo de su asombrosa actividad, dejando impreso en cuanto hace el sello de su talento y de su personalidad.

"De los cuentos de Colombine—ha dicho el sutil espíritu de Emiliano Ramírez Angel—se desprende un rudo vaho analéptico, poco frecuente en nuestra mentalidad. Vibra el panteísmo ferviente de Carmen de Burgos y una levantada rebeldía contra todos los rutinarios nacionales. De vez en vez, sobre esta prosa meridional, que insistentemente alude al amor, con todas sus arlequinescas policromías, surge una ráfaga de exaltación. El ensueño ha puesto la huella leve de sus sandalias sobre los melancólicos cuentos de Colombine."

Y el gran poeta Tomás Morales, tan tempranamente arrebatado a la vida, aunque no a la gloria, hablando de la autora de La hora del amor, dijo: "Es Colombine la más alta de nuestras escritoras actuales; supera, además, a casi todos los novelistas españoles en la sutileza de las ideas, en la finura y precisión de psicología y posee el secreto de la rápida evolución de los asuntos sin omitir detalles de interés, lo que hace de sus pequeñas narraciones novelas completísimas, tales, que pudieran compararse, sin menoscabo con las del gran maestro de cuentistas Guy de Maupassant."

De sus condiciones de novelista, los éxitos de Los inadaptados, La malcasada, Los espirituados, La rampa y Los anticuarios, entre otras, dicen más de cuanto pudiéramos nosotros decir.

Su cultura amplia, la gran belleza de su fuerza descriptiva, el interés y la amenidad de que hace gala en sus escritos, la han dispuesto admirablemente para triunfar en sus libros de viajes, reflejo de una vida que vuela ansiosa de novedades sobre los continentes y los mares.

Y su sagacidad crítica, su tenacidad investigadora, se denuncian en los dos tomos consagrados a Leopardi y en el grueso volumen que hizo luz nueva sobre la vida de Figaro.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

LA MISIONERA
DE TEOTIHUACAN

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

I

HÁBITOS Y CAPOTES

Los pasajeros, contentos de llegar al término del viaje, acudían todos a la cubierta. Con la preocupación del desembarco volvían a ser extraños hasta los que habían formado grupos amistosos durante la travesía.

Para Guadalupe, el espectáculo que ofrecía el barco tenía algo de alegre día de Carnaval. Le parecía que estaban todos disfrazados. Le costaba trabajo conocer a las señoras que habían ido tendidas en la fila de butacas, que daban a la cubierta del gran trasatlántico aspecto de sanatorio, y que aparecían ahora, desenvueltas de sus mantas y sus chalets, con palidez de convalecientes.

Las que habían gozado de la travesía como de una fiesta en el gran hotel viajero sustituían ya sus velos flotantes por los sombreros de calle. Hasta la tripulación había trocado los uniformes azules de paño, que llevaban al dejar Europa, por los trajes de hilo blanco que vistieran al pasar el mar de los Sargazos.

Pero lo que le daba más la impresión de estar todos disfrazados era su traje y el de sus compañeras.

Todos los religiosos, de ambos sexos, se habían tenido que cambiar de traje al pasar de Cuba. Ellas se habían reído mucho al ver a un cura y tres franciscanos despojados de sus hábitos, con pantalón y americana; pero lo malo fué cuando les tocó su turno a las monjas.

¡Hacia ya tantos años que no vestía más que sus hábitos!

Pero se hacía necesario ocultar que era monja, para poder entrar en aquella tierra que se anunciaba tan bella y tan plácida ante la proa del barco, el cual daba la impresión de ir persiguiendo el globo rojizo del sol, ya en su ocaso, que en lugar de caer y apagarse en el agua, como los días pasados, se escondía detrás de la línea de la tierra.

Guadalupe miraba con amor aquel país, al que iba por vez primera, y que no le era extraño: su madre había nacido allí.

Recordaba cómo las pocas veces que se enfadaba, con un enfado casi de broma, alardeaba orgullosamente de su origen, y decía:

—¡Cuidado conmigo, que soy un alacrancito de Durango!

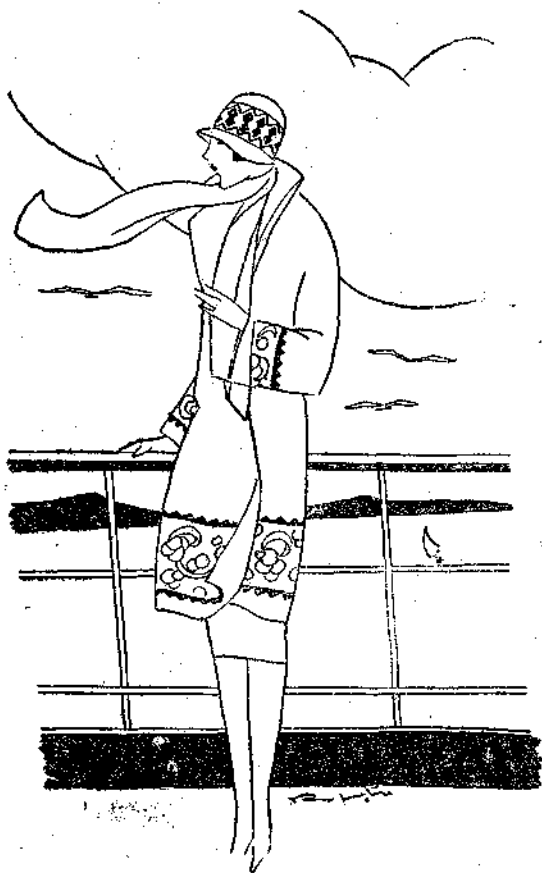
Le tenía cierto miedo a aquel país de leyenda dorada, de riquezas fabulosas y de belleza inagotable, recordando la trágica historia de su familia, que le había referido tantas veces su madre.

Y, a pesar de eso, no recordaba bien los detalles. Sabía sólo que sus abuelos eran ricos, que vivían en una suntuosa hacienda de Durango, donde una noche los atacaron los insurrectos para vengarse de su adhesión al presidente caído. Ella no sabía ni qué eran los insurrectos ni de qué presidente se trataba; pero se le habían quedado grabadas las escenas dramáticas que le refería su madre: La propiedad convertida en una inmensa hoguera entre las sombras de la noche; la abuela escapando con sus hijas, disfrazada de india, y los hombres defendiéndose revólver en mano, con un heroísmo salvaje. Y luego el epílogo romántico de la tragedia de la abuela muriendo repentinamente al saber la muerte del marido.

Pero los momentos eran demasiado apremiantes para entregarse a reflexiones.

A pesar del refrán vulgar, tantas veces repetido, de que "El hábito no hace al monje", le parecía que había mucho de su personalidad de religiosa unido a su há-

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN



||||| CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE) |||||

bito. Estaba con el traje de moda como si se sintiese desnuda. Tenía idea del ridículo de sus vestidos mal hechos por cómo veían que le sentaban a sor Leocadia, su compañera, y a cuatro siervas de María que iban con ellas.

Ofrecía a Dios aquel sentimiento involuntario de mortificación que le proporcionaba su indumentaria. Reunidas las seis, reían como alegres amigas que se divierten en frivolidades.

—Estamos horrorosas—decía una de las siervas.

—Y lo malo es que se nos conoce a la legua lo que somos—añadía otra.

La superiora se alarmó:

—¡No, por Dios! Hay que hacer un esfuerzo. Por suerte lo que antes más nos denunciaba ya no llama la atención, porque todas las señoras llevan las melenas más cortas que nosotras.

—Pero a mí me sienta que parezco un apache—dijo una andaluza.

Las demás callaron, porque en su interior veían que era verdad.

Habían disminuído mucho su belleza al perder el misterio con que las rodeaban sus tocas. Una montañesa, que tenía fama de bonita entre los pasajeros, con su boca bien dibujada y sus ojos negros, resultaba una mujer vulgar y sin interés.

La otra, alta, con aspecto majestuoso de Doña Inés, quedaba convertida en un tipo de camarera. Les faltaba la gracia para llevar aquellas ropas, mal elegidas, antiguas, que no estaban hechas a su medida, y no hubieran engañado a un observador.

—Hay que ponerse unos pocos polvos y disimular bien—dijo la compañera de Guadalupe—. Nuestra Orden es pobre, y sería un compromiso el no poder entrar en Méjico.

Pertenecían las dos a la Congregación de hermanas de Santa Mónica. Venían desde Roma, y habían hecho gran amistad con las siervas que embarcaron en La Coruña.

—Para nosotras es aún más penoso este viaje. por-

mis capotes!—dijo con un arranque que hizo brotar las lágrimas a los ojos de los devotos.

Y aquella tarde, cuando estuvieron *disfrazadas de mujeres*, como decía el capellán, fueron a llevar sus vestidos, bien dobladitos, a Garabito. Sentían una gran vergüenza de entregarle aquellas prendas, impregnadas del olor de sus cuerpos sin perfume. Fué el mismo diestro quien las envolvió entre sus trajes de luces y sus capotes de paseo. Parecía que experimentaba la esperanza de tener así propicia a la Divinidad; pero, con esa superstición propia de todos los que se juegan la vida con frecuencia, decía, sonriendo, como en broma, no exenta de inquietud:

—¡A ver si esto me trae la mala pata!

Algunos hombres, en especial los señores formales, aprovechaban la ocasión de decirles piropos a las monjitas bajo el pretexto de la broma.

—Voy a decir que es usted mi novia—decía uno.

—Si usted quiere me divorcio y nos casamos—proponía otro.

—Está usted tan bonita—aseguraba un gordo—que la van a volcar en el camino.

Y ellas se reían; sin darse cuenta las jóvenes tomaban un aire de coquetería, se sentían contentas de llegar al momento decisivo del viaje y con aquellas lisonjas, que, por creerlas inocentes, no las alarmaban.

El barco se había parado, como detenido en su caza al sol, por la valla de la costa. La máquina trepidaba como un animal cansado del largo viaje.

—Ya, a la hora que es, no se puede desembarcar. Hasta mañana no viene la Sanidad.

Se levantó un rumor de protesta, que no tardó en ser acallado por los que divulgaron entre el pasaje:

—Demos gracias de haber llegado con buen tiempo. Estamos en la época del "Cordonazo de San Francisco" y el Observatorio de Nueva York ha anunciado un ciclón, en cuyo vértice nos hubiéramos encontrado si el capitán, que es muy entendido, no fuerza la marcha y tomamos puerto.

Hubo sonrisas de incredulidad, la mayoría no daba crédito a esas predicciones que señalan de manera exac-

ta el camino de los vientos y su duración. En verdad no había motivos para creer en el mal tiempo. El cielo tenía, en el crepúsculo rápido, tonalidades de madreperla, aunque el viento comenzaba a imitar la respiración acompasada y suave de un gigante dormido e iba creciendo poco a poco hasta llegar al estruendo violento del ronquido.

Comenzaron las conversaciones macabras de los naufragios: "Aquel vapor que por no hacer caso del aviso naufragó." "Aquel otro que se perdió a la vista del puerto." Las seis monjitas, atemorizadas, rezaban entre dientes, ocultando su rezo en su sonrisa, mientras se movían nerviosamente sus dedos, como si buscaran las cuentas de sus rosarios.

Las familias que esperaban en el malecón se alejaron tristemente. Algunos habían cambiado saludos con sus deudos, otros se quejaban de no haber visto a los suyos.

—A mí nadie me espera—pensó con tristeza Guadalupe.

Se acordaba de que tenía allí familia. Su tía Margarita, aquella única hermana de su madre, con la que ésta mantuvo siempre correspondencia, a espaldas de su marido.

Era una correspondencia escasa. Su tía no perdonaba a su madre haberse casado con un extranjero y vivir lejos de su país. En el fondo convenía que la hermana se había casado por huir de ella, cuyo carácter dominante la esclavizaba. Eran completamente distintas. Margarita imperiosa y enérgica; Caridad dulce y suave. Era Margarita la que se había casado primero. Un matrimonio sin amor, con el arquitecto de cabeza carneril, serio y grave, que no hablaba con nadie de la familia, y algunos días parecía no ver siquiera a su mujer, contenta de tener una casa que gobernar, sin que nadie coartara su dominación.

Caridad se casó, tanto por amor como por huir de la hermana. No había sido feliz. Siguió al marido a España, y no tardó en verse abandonada moralmente, consumiéndose en su soledad, sin más pasión que la de su hija. Su marido, que la había sustituido en su amor en vida, no tardó en sustituirla como esposa en cuanto

murió. Previendo eso fué ella misma la que quiso que Guadalupe tomase el hábito en las Mónicas, donde se había educado, y ésta obedeció sin repugnancia. Su padre no se preocupó de eso, seguro de que una hija era siempre una carga, agradeció a su mujer que le librase de ella. Pero su tía Margarita llevó tan a mal la decisión, que desde entonces no les había vuelto a escribir, ni siquiera a ella para darle el pésame por la muerte de su hermana.

Acudían a su monte todos aquellos recuerdos frente a la vieja ciudad de Veracruz, que apenas se perfilaba ante sus ojos, y pensaba que de allí salió su madre un día para nunca más volver.

Entre tanto los pasajeros tomaban el partido de pasar la velada lo mejor posible, aunque el viento soplabá cada vez con más furia, gozando de la impunidad que les daba el estar ya amarrados al muelle. El pasaje de cámara organizaba un concierto con aquel pobre sexteto que durante todo el camino tocaba durante las comidas, sin lograr dominar el rumor de los platos y sin que nadie le hiciese caso. El pasaje de tercera bailaba al son de la gaita sobre la cubierta de proa, que tenía aire de aldea gallega en día de fiesta. Resonaban los dulces aires gallegos, con esa melancolía que saben darles sus hijos, los cuales, por extraña paradoja, son los que tienen más fuerza de expansión, los que más emigran lejos de la patria, para gozar el triste placer de cantarla y recordarla siempre.

Una multitud de chicuelos saltaba por todas partes, tan alegres y ágiles como si no hubieran sufrido ninguna molestia en el viaje.

—¡Cuántos galleguitos!—dijo una voz a su lado—. Parece que se crían debajo de las piedras o nacen de los árboles.

Pero en aquel momento, la hora marcada por el Observatorio, llegó el ciclón, con la puntualidad de un tren que tiene fijo su arribo. El torbellino del Norte dominó con su rugido todas las músicas. Barría la cubierta, haciendo saltar los objetos y obligando a las gentes a agarrarse para no caer. Saltaba una polvareda de gotas de agua inundándolo todo; silbaban las jar-

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

sus trajes de seglares, sin gran dificultad. A las siervas de María las aguardaban sus hermanas; pero no pareció ninguna religiosa de la Orden de Santa Mónica. Después de esperar dos días en Veracruz las dos Mónicas se decidieron a trasladarse a la capital.

Guadalupe tenía la impresión de que no era aquella la vez primera que veía el país. ¡Lo conocía tanto al través de los relatos de su madre! Ella le había cantado las bellezas del *más hermoso camino del mundo*, que era el que subía de Veracruz a Méjico; pero le parecía pálido cuanto le habían dicho en comparación con la realidad.

Era maravilloso aquel camino que desde la orilla del mar subía hasta las altas cumbres de Maltrata, a una altura cerca de tres mil metros, costeano precipicios, sondando tñeles, cruzando puentes, que eran asombrosas obras de ingeniería; y todo eso en medio de un paisaje indescriptible, lagos y montañas, volcanes y planicies, que se alternaban y se repetían de un modo maravilloso.

Las estaciones la atraían sobre todo con lo pintoresco de los tipos indios y mestizos que trabajaban en ellas o vendían baratijas. A veces, durante varias estaciones, veían los mismos indios, que cortaban por los atajos, mientras el tren subía en espiral, con el esfuerzo de sus débiles locomotoras humeantes.

Al llegar a Orizaba, "la estación de las flores", todos los que recorrían aquel trayecto por vez primera no podían dominar sus exclamaciones de contento.

Una multitud de indios de ambos sexos y de todas las edades vendían objetos pintorescos, entre los que dominaban las flores y las frutas.

El gran vagón corrido del tren tomó bien pronto un aspecto de verbena. Pendían de todas partes aquellos ramos de begonias, a las que llamaban, poéticamente, los vendedores "alitas de mariposa" o "aletillas de ángel", y una especie de jazmines blancos en "bouquets" de mil formas caprichosas y distintas: ramilletes, barcos, cruces o estrellas. Algunos los vendían dentro de una caña de bambú, abierta por la mitad, donde cerraban las flores para que se conservasen frescas. Los

miles de automóviles que rodaban por sus anchurosas calles. Acudía a sus labios la comparación de siempre ante toda ciudad moderna y grandiosa:

—Es un pequeño París.

Pero se sintieron perdidas, sin saber dónde ir ni qué hacer, con escaso dinero y sin conocer a nadie cuando se enteraron de que la Orden de Santa Mónica había sido expulsada y que ya no existían su escuela ni su convento.

Tuvieron que alquilar una estrecha celda en un viejo parador de mestizos. Una habitación sucia, triste, donde las dos pasaban el día rezando y ofreciendo a Dios su sufrimiento y su ayuno a pan y agua.

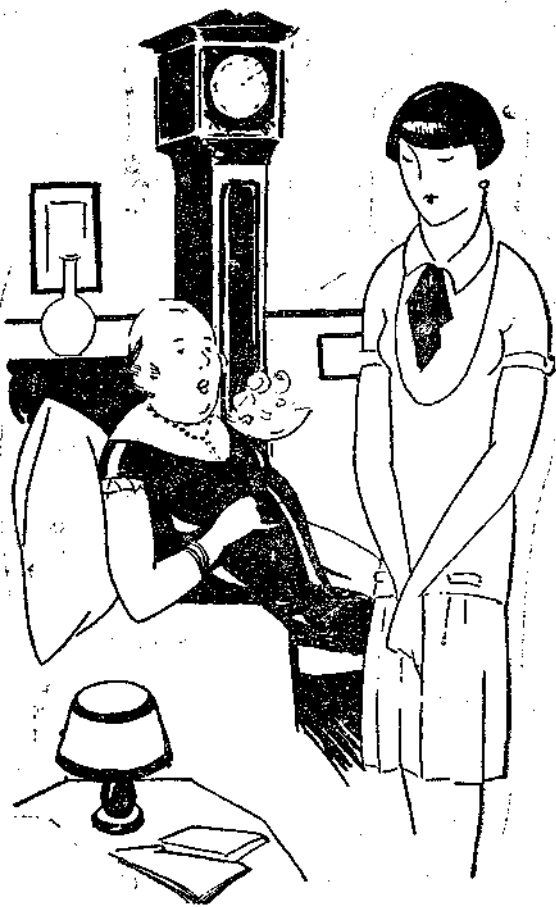
Sor Leocadia sentía los efectos de la altitud. Pasaba las noches ahogándose, sin poder respirar, con los labios hinchados.

—Esto está demasiado cerca del cielo para nosotras—solía decirle con su dulce humor—. En esta altura enorme los corazones se deben quebrar como si fuesen de vidrio.

Los dueños del parador se reían de sus quejas. Era lo de casi todos los europeos que allí iban. Todos sufrían los mismos síntomas. Para aclimatarse, el que menos, pasaba el tifus o la bronconeumonía. Hasta a los hombres más fuertes les faltaba energía para moverse y no podían subir una escalera. Algunos cantantes perdían la voz. La mestiza dueña de la casa imitaba, entre grandes risotadas de los suyos, el gesto de los huéspedes, que aparecían en su despacho con la boca abierta, tirándose del cuello, como si se estuvieran asfixiando.

Guadalupe se sentía bien. Su constitución sana y su juventud triunfaban del clima; pero sor Leocadia se empeoró; comenzó a tener hemorragias de nariz y oídos y a quejarse de un fuerte dolor en el pecho. Una noche se *apagó* su vida entre los brazos de la joven.

Desesperada, sin saber qué hacer, recurrió a su tía Margarita. Lo hacía más por cumplir sus últimos deberes con sor Leocadia que por ella misma. No quería arrojar a la fosa común aquel cuerpo de mártir, que podría ser un día canonizado, y ella no poseía nada.



Al ir a buscar su exhausto bolsillo éste había desaparecido, así como sus ropas, durante los momentos de tribulación.

Doña Margarita acudió al llamamiento de su sobrina; la miró con más curiosidad que cariño, y le dijo, sin gran emoción:

—¡Cómo te pareces a tu madre!

Después, recordando aquella frase, Guadalupe se había mirado muchas veces al espejo. Se veía con el cutis blanco, muy blanco, pero tan pálido que su blancura equivalía a la morenez. Tenía la boca grande, de labios rojos y delgados, como las indias, y algo de la característica de sus ojos, un poco oblicuos, negros, profundos y brillantes. No tenía los otros rasgos de la raza mejicana. Era ancha su frente, griega su nariz y ovalado su rostro; los rasgos netamente españoles de su padre.

Doña Margarita le habló gravemente. Para irse con ella tenía que ocultar su estado.

—No es porque yo me asuste de que cada cual haga lo que tenga por conveniente—añadió—, pero tengo marido y dos hijos. Eso podría perjudicarlos. Yo no te quiero dejar abandonada. En casa no te ha de faltar lo que necesitas, solo que es menester que te tengan por una señorita, como mi hija Rosario, sin que nadie se entere de tu monjío. Mi marido tiene amigos políticos; aquí hay luchas que quizás no conocéis ya en Europa: los cismáticos, los caballeros de Colón y mil cosas más. Nosotros tenemos que vivir aquí.

Así se convino. Sor Leocadia recibió sepultura en la tierra, sin perderse en la fosa común, y ella se quedó con su tía, sometiéndose a cuanto quisieran, con la esperanza de recibir auxilios de la Orden, a la que ya había escrito, así como a su padre.

De aquella manera Guadalupe se encontraba en una ciudad desconocida, con una familia desconocida y una clase de vida desconocida también. Era aquello como un nuevo nacimiento, una nueva encarnación, en la que sólo conservase la memoria. A veces perdía la paciencia, tenía una crisis de lágrimas, y cuando se repro-

obscuras, machacadas, que con el nombre de *frijoles* constituyeran el indispensable plato nacional.

Ella se dejaba todos los días la carne en su plato como un socorro a la pobre india que le servía la mesa segura de que se la comería por el largo pasillo que conducía a la cocina.

Sentía miedo en aquel gran hotel, guardado por los perros lobos, sueltos durante la noche, con desconfianza de los criados, a los cuales encerraban en el pabellón del jardín. Su tío y su primo llevaban los dos pistolas al cinto hasta para andar por casa.

Alberto tenía la manía de la buena puntería, y le sentía ejercitarse todas las tardes en el patio, en el tiro al blanco. Un día, en la mesa, la miraba, amagándose sobre el mantel y doblando el dedo índice de la mano derecha como si tirase de un gatillo.

—¿Qué haces?—preguntó ella.

—Pienso que si disparara desde aquí haría blanco entre tus cejas.

Le pareció sentir el tiro, se puso pálida y guardó silencio.

Hasta las mujeres tenían de noche el revólver al lado de la cama, cerca de las pajuelas que encendían al acostarse para narcotizar a los mosquitos.

Se solía dormir olvidando sus plegarias, para formular sólo un deseo: salir de allí.

Oyó la voz de Rosario:

—Arriba, perezosa, que hoy es domingo y se preparan grandes excursiones.

Tenía que plegarse a sus deseos. Doña Margarita no le consentía que se quedase sola y tranquila en casa. Era necesario que ningún detalle revelase en ella a la monja.

Entró una india con la gran bandeja llena de panecillos, el jarro de leche humeante y la botella de esencia de café para el desayuno.

—Está preparado el baño, amita.

No tenía más remedio que resignarse a seguir aquella vida, tan opuesta a sus votos, con el recordimiento de que no le desagradase y constituyera un sufrimiento.

Se sometía al baño, a ponerse la máscara de barro bancilla, propicia al masaje; a rizar su cabellera, cortada a lo Juana de Arco, y a usar el corsé, los zapatos de tacón, las ropas finas y los trajes y sombreros elegantes.

Recordando sus votos se colía poner una cuerda de esparto que lastimara su cintura o un clavo del zapato que le hería los pies; pero las medias y la ropa se rompían con la aspereza del martirio, y doña Margarita vigilaba. Se puso furiosa con ella y le prohibió que lo volviera a hacer.

—Ten en cuenta que estás en mi casa y no tengo ganas de enfermedades. ¿Cómo puedes pensar que Dios goce con el sufrimiento de sus hijos? No seas tonta. ¡Ni que fuera nuestro dios del fuego Xintecutli (1), que necesitaba víctimas continuamente!

Aquella mañana, cuando cruzaba para su cuarto, envuelta en su kimono, se encontró con Alberto.

—¡Sabes, primita, que estás preciosa así!

Ella enrojeció y entró corriendo en su alcoba. El espejo la reproducía en su desnudez, en esa frescura de juventud con que el agua rocía la piel después del baño. Vió que era hermosa, y experimentó un inconsciente deseo de ser admirada así, de sentir unos brazos tibios estrechar su cuerpo en una caricia, como lo hacía su madre.

Meditó:

—¿Qué era su vida?

Recorría en su imaginación los cuadros de su existencia diaria. Las mañanas en el tocador, los días arrasada por Rosalía a las peluquerías, las modistas y los paseos.

¿Las noches? Una velada aburrida, teniendo que leerle una novela de aventuras a su tía.

La reunión donde recitaban los poetas. Aquel vate de la mejilla hinchada y la boca torcida que le dedicaba sus endechas. Aquellos señores que le decían piropos y la requerían de amores.

(1) Dios de la guerra, de culto sangriento.



Lo único que no había podido conseguir su tía era que ella correspondiese con cortesía a sus amabilidades. Se encerraba en su mutismo para separarse de todo.

—Ya cambiarás de opinión—solía decir doña Margarita, como mujer segura de las exigencias de la vida.

Rosario tenía novio. Parecía muy feliz al lado de aquel muchacho alto, muy alto, delgado, muy delgado, que parecía que iba a sonar, al tocarlo, como una cuerda de violín. Jamás la había turbado contemplar sus mimos, y ahora pensaba:

—¿Cómo será tener novio?

Su pensamiento, en el deseo de graduación de afectos, formuló:

—¡Si tuviera una amiga!

Pero no veía cuál pudiera ser entre todas las señoras que visitaban a su tía, ocupadas siempre en hablar mal unas de otras. Sólo María, aquella jovencita tan cándida, tan pura, con su aire devoto y dulce, cuya clara inocencia no había logrado enturbiar la sociedad, era la que la atraía. Pero su tía vigilaba para apartarlas.

—Librenos Dios de que intimen las dos místicas.

Tenía miedo a las confidencias.

A la hora del almuerzo sintió que se encendían sus mejillas al ponerse frente a su primo. El no la miraba, no le dijo nada; pero aquella mañana almorzaron en paz, sin que el joven se indignara y gritara por todo. Comía silenciosamente, tan ensimismado como lo estaba siempre su padre.

III

EL INDIO TRISTE

Cuando se detuvo el automóvil al lado de la tapia del Huacal, donde habitaban los indios, acudieron una multitud de *chamacos* de cuatro a siete años, que formaron semicírculo, sin atreverse a acercarse, con aquel aspecto de cautela y desconfianza propio de los indios.

Un hombre joven, con el más puro tipo mejicano, se adelantó a abrir la portezuela, besó la mano de doña Margarita, de un modo respetuoso, y dijo:

—Vamos pronto, comadrita, que el abuelo espera.

Era la fiesta del santo patrono del lugarcillo, cercano al cerro de la Estrella. En aquella fecha salía San Lucas de la iglesia, acompañado de la Virgen del Carmen, y se depositaba en la casa a la que correspondía durante el año tener el honor de cuidarlo. La familia agraciada celebraba el suceso con grandes fiestas y regocijos, convidando a todos sus deudos y amigos. Doña Margarita había sido la madrina del mozo que abrió la portezuela del coche.

—Acepto para que mi sobrina vaya y vea lo que son nuestros mejicanos—había declarado doña Margarita cuando recibió la invitación.

Seguía sin perdonar el alejamiento de la hermana, en su fanatismo por su raza y por su tierra, y quería hacérselo sentir a la sobrina.

La casita, pequeña, situada al fondo del gran corralón, tenía abiertas las puertas y las ventanas. En la

gran sala que precedía a los dormitorios se había elevado el altar, resplandeciente de luces, donde entre grandes ramos de flores campestres estaban colocadas las imágenes del Santo y de la Virgen.

Cerca de la puerta varios músicos formaban la orquesta típica del país, toda de instrumentos de aire, compuesta de cornetas, caracoles, flautillas y el teponartli, tambor cilíndrico, de madera y piel, que golpeaban con palos.

Dentro, delante de las imágenes, varias parejas dancaban acompasadamente el Netecuitiliztli, ese baile pantomímico de los antiguos mejicanos que sólo a ellos les estaba permitido bailar.

Se veía cómo propendía aún aquel pueblo a la idolatría, empleando sus danzas del antiguo culto, sin darse cuenta, en las ceremonias religiosas.

A un extremo del corral se veían las vacas, de pesadas ubres, y los terneros de manchas blancas; y al otro, bajo un cobertizo, ardían los improvisados fogones de piedras agrupadas, sobre los que humeaban las cacerolas. Estaba puesta la gran mesa, estrecha y larga, en el centro del corralón, para que los invitados se fuesen sentando según llegaban. Cerca de la puerta los recibía el abuelo, el viejo patriarca de la tribu, que no sabía los años que contaba, y medía su edad por los recuerdos de los jefes de Estado que había conocido.

—Me acuerdo de los virreyes—afirmaba.

Conforme se casaban sus hijos les daba una parcela de tierra, donde ellos habían construido su corralón y su casilla de piedras y alcatipa, semejante a la casa paterna.

A su vez también habían partido su terreno con sus hijos y éstos con los suyos. Los chamaguitos pequeñuelos, que se agrupaban, con caritas curiosas, cerca de la entrada, puestos en cuclillas, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, con esa actitud que recuerda al feto, tan corriente en los indios, eran ya sus tataranietos. Estaban a un lado y a otro del patriarca los jefes de las otras generaciones, hijos, nietos y biznietos, con sus magníficos zarapes, sus grandes sombreros bordados en colores y su actitud de ídolos.

Era difícil determinar la edad por la apariencia. Tenían el tipo del indio mejicano dedicado a la labranza y a la industria, tan diferente de los coranches y de los apaches, bárbaros, crueles y traicioneros. El color moreno rojizo, el cabello negro, fuerte y liso; la cara más ancha que larga y los pómulos salientes, eran rasgos comunes de ellos y las mujeres, que iban y venían sirviendo la mesa a los invitados.

Tenían ellas estatura mediana y bien proporcionada, manos y pies pequeños, aspecto ágil y ligero, con los ojos negros, la nariz aguileña y los labios delgados.

Fueron todos a saludar al patriarca, estrechando la mano, de articulaciones agarrotadas. El los miraba sonriendo, con su barba blanca y escasa y los ojos hinchados y aguanosos, pero de una extraña energía.

—El no saber los años que tienen es lo que mantiene tanto tiempo jóvenes a los indios—comentó doña Elisa.

A la única que el patriarca no conocía era a Guadalupe, pero pronto recordó a su madre:

—Es hija de la amita Lupe, la que se fué hacia España, la tierra de donde viene el sol. Nos ha mandado a su hija. Bonita también. Se le parece.

La joven se sentía impresionada por aquella cosa de pontifical que había en el indio. Tenía algo de majestad de sacerdote o de monarca en la serenidad y el reposo de sus maneras y de sus rasgos. Hablaba en él algo de una estirpe de grandes señores libres y poderosos reducidos a una esclavitud que soportaban con altivez.

Le recordaban, en sus rasgos y en su actitud, aquella estatua de "El indio triste" que tanto la había impresionado en el museo. Una tristeza de raza.

Iban llegando invitados que no conocía y algunos de los contertulios de su tía: el poeta de las mejillas hinchadas, el novio de Rosario, el general gordo y encarnado, que le daba miedo con la mirada penetrante que le salía de entre los párpados rojos y abotargados.

Era un hombre fuerte, pesado que reía a carcajadas y hablaba como si diese órdenes a un batallón.

Vivía en el Estado de Yucatán, donde tenía a sus

||||| CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE) |||||



LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

esposas. Se había casado y divorciado treinta y cinco veces, con la particularidad de no abandonar a las divorciadas, de manera que había venido a ser el patriarca de un pueblo entero.

—Yo no conozco bien a todas mis esposas y a todos mis hijos—soía decir, riendo de su proeza.

Pero tenía la virtud de ser consecuente con todas. Si compraba a una un sombrero, eran treinta y cinco sombreros los que hacían falta, y si regalaba un collar u otra joya, contaba siempre con los otros treinta y cuatro iguales.

Llegaba su consecuencia hasta serle fiel a sus treinta y cinco mujeres en Yucatán, y venía a Méjico para correr sus aventuras de soltero. Fabulosamente rico, con las minas que poseía en las montañas de oro de Ixlapa y de Ixtlahuaca, y con los yacimientos de piedras preciosas y de petróleo, el general tenía un lujo escandaloso en su casa de la Colonia Roma.

Eran célebres sus alfombras y taburetes de piel de nutria, de tigre y de leopardo; sus braserillos de oro y de barro colorado de Cholula, donde quemaba esencias preciosas, y la colección de espejos aztecos, pulidos en absidiana azul, blanca y negra, que revestían las paredes de su habitación.

Salía todas las mañanas, en los hermosos caballos de raza, ricamente enjaezados, luciendo sobre su amazacotado cuerpo el traje de charro, tan vistoso que hacía recordar el de los plateados de Pancho Villa, constelado de piedras preciosas, incrustadas hasta en las cintas de sus vestidos, y con los zapatos de suelas de oro.

Lo había seducido la belleza blanca y la indiferencia de Guadalupe. Hacía caracolear su caballo todos los días bajo su ventana, la visitaba llevándole flores todas las tardes, y no ocultaba su deseo de hacer de ella su treinta y seis esposa.

Doña Margarita no lo veía con malos ojos. Era una fortuna emparentar con el general. El que se enfadó fué Alberto.

—¿Te parece, vieja, que mi prima puede ir al serralle de ese hombre?

—El ofrece que no se irá más de Méjico y sólo ella será la esposa verdadera.

—Eso es chochear; me disgusta tanto, que te juro que me opondré.

Aquello aumentó en doña Margarita el deseo de casar a la sobrina.

—¡Bueno fuera que se me enamorara el muchacho de la primital ¡Valiente partido!

Hizo alguna indicación a la sobrina, pero ella la rechazó indignada.

—Yo no puede olvidar que soy la esposa del Señor, por mucho que lo disimule.

Doña Margarita se encogió de hombros.

—Bueno..., bueno... Pero como de Europa no te escriben, y siempre no vamos a estar así, tú verás qué camino te queda que tomar.

La joven sintió frío en el corazón. Casi había olvidado que estaba recogida de limosna. Tenía que tomar algún partido, irse a alguna parte; trabajar en algo. No sabía en qué.

La presencia del general allí le quitaba toda la alegría. Había llevado con él a su hermana Inés, una pobre solterona, de cuerpo voluminoso y cabeza tan pequeña que recordaba una de esas cabezas que reducen de tamaño los indios. Tenía el rostro peludo, más peludo que el general, y unos ojos negros y profundos, no exentos de belleza.

La pobre mujer, que parecía el asistente de su hermano, fué a sentarse cerca de Guadalupe y comenzó a explicarle las costumbres del país.

Guadalupe apenas la oía. Miraba a la puerta, deseosa de ver entrar a su primo, como si esperase un defensor. Pero Alberto, celoso de su libertad, tenía la costumbre de no acompañar a su madre y a su hermana a ninguna parte.

Doña Elisa lanzó el torrente de su vozarrón, en una romanza de ópera, sin acompañamiento, que causó el asombro del auditorio. Contenta con los aplausos declaraba:

—Esto no es nada para lo que ha sido. Perdí la voz.

Pero ya la voy recobrando, y en cuanto me ponga a régimen y adelgace, me marchó a Europa y debuto de nuevo.

Después comenzó a bromear con el abuelo:

—Está usted hecho un chiquillo. A ver cuándo se casa otra vez.

—El día que usted me quiera, amita Elisa.

—María Elisa. No me llame sólo Elisa, por favor.

Era una cosa que no podía sufrir la profesora de canto. Tenía la manía de los nombres compuestos. Continuamente estaba respondiendo a los que le llamaban doña Elisa:

—María Elisa.

Y a los que le llamaban señora Rodríguez:

—Rodríguez y González.

A veces perdía la paciencia, y exclamaba:

—¡Por favor! Cualquier criolla se llama Elisa o María. Sólo las aristócratas, las personas decentes, tenemos más de un nombre. Yo tengo tantos como cualquier princesa: María, Elisa, Elena, Clementina, Rósaura, Restituta, Polonia de la Santísima Trinidad, y me contento solo con los dos primeros.

La comida comenzó alegre. Después de la sopa de pasta sirvieron las tortas rellenas de picante, que son las clásicas *enchiladas*, los *tacos* o *tamares*, hechos con harina de maíz y huevo, dentro de la misma envoltura de la *panocha*; la célebre salsa de pavo, que constituye el manjar de gala, con el nombre de *mole de guajalote*, y los indispensables *fríjoles*.

Hacía esfuerzos Guadalupe por tragar aquellos alimentos, tan condimentados con el *chili*, guindillas picantes, que le destrozaban el paladar.

Hacía falta bebida abundante para calmar el ardor de la boca y seguir comiendo. Todos vertían en sus vasos el contenido de las grandes jarras vidriadas, rojizas, que representaban la cabeza de una india, con poéticos letreros grabados sobre ella, y llena de pulque adobado con hierbas aromáticas, de tequila y de vino de membrillos.

En el momento de los brindis, el general se dirigió a Guadalupe; llevaba en la mano una linda copa de cristal de bohemia, incrustada de oro, en la que lucían las iniciales M. C. bajo una corona imperial.

—Es para que usted beba. Una copa de Maximiliano. La encontré un día en el mercado del Volador.

No se atrevió a rechazarla; la llenó de pulque y la puso junto a sí, sin atreverse a llevarla a los labios. El olor del pulque le causaba una repugnancia invencible, a pesar de la atracción de aquella linda copa histórica, que le parecía tener algo de Santo Graal.

Entre tanto, Inés le contaba cómo era ella la que iba a buscar joyas y objetos maravillosos en aquel mercado viejo, donde aflúa todo lo robado y todo el deshecho de la población, confundido en la confusión más revuelta y pintoresca.

La comida se animaba de momento en momento.

Dos indias no daban abasto a asar sobre las brasas las delgadas *tortillas* de maíz, que sirven de pan a los mejicanos. La conversación se animaba. Doña Elisa hacía la proposición de que cada mujer blanca tuviese la obligación de tomar por esposo a un indio, siquiera un día, para mejorar la raza. Y los indios sonreían contentos, pensando en esa mejora de la raza blanca que ellos podrían hacer.

Los más formales se ocupaban con su tía, y el general, de la cuestión del reparto de las tierras.

Los indios no querían comprender las ventajas de hacerlos propietarios a la fuerza. Con un sentimiento franciscano, inmanente, solían repetir:

—El que nada tiene, lo tiene todo. La propiedad es enemiga de la paz. ¿Para qué buscarnos quebraderos de cabeza?

El patriarca refería el caso de un sobrino suyo:

—Cuando le dijeron que todo aquello era suyo, se puso muy contento, pensando que lo iba a vender al día siguiente; pero cuando supo que tenía que cultivar la tierra a la fuerza, se desesperó, hasta el punto de recurrir a los Tribunales para que lo librasen de la obligación

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

de ser propietario. El vive sin trabajar más descuidado y más a gusto.

El ahijado de doña Margarita, que era el sabio de la familia, intervino:

—Lo peor es que los yanquis no están conformes con esto, y vamos a tener una guerra.

—¡Bah!—exclamó con desdén el general—. Eso sería una ventaja. Nosotros tenemos ahora todo lo que nos hace falta. No es como cuando llegaron los españoles, y, así y todo, ya tuvo buen cuidado Hernán Cortés de quemar las naves, que si no es por esa precaución, nos embarcamos nosotros y a estas horas somos los amos de España. Nos tuvo miedo.

Las mujeres comentaban entre tanto que la vecina en cuya casa había estado el Santo el año anterior había dado a luz, en vez de un chico, una especie de buho, un *Tecolote*.

—Señal que no se ha portado bien con el Santo—decían.

Los hombres encendieron sus pipas, mezclando al tabaco la marihuana, esa hierba estupefaciente, que había de llevar hasta el delirio su excitación.

Pero la hora de la procesión se acercaba. Las mujeres tomaron sobre sus hombros las andas de la Virgen, y los mozos, las del Santo, y emprendieron el camino, al través de la llanura, por el sendero polvoriento, a cuyo término estaba la iglesia chiquitita, cuyas campanas repicaban con una especie de vagido de cordero huérfano. Guadalupe quería mezclarse al cortejo que seguía a los Santos, los cuales iban balanceándose de un modo asustador, al compás de los pasos inseguros que hacía dar el pulque a sus conductores. Rosario se opuso:

—¡Bonito estaría! Ya es hora de irnos. Para ver lo curioso de esto, hay ya bastante. A mí me fastidia.

Llamó a su madre y se dispusieron a marchar, no sin la protesta de doña Elisa, que hubiera querido lucir de nuevo su vozarrón, y le había quitado la vez el vate de la mejilla hinchada para recitar una improvisación.

Cuando subieron al coche apareció una de las nueras

IV

EL CAMPO DE LAS FLORES

El paseo por Xochimilco tenía siempre un encanto superior a todos los demás. Era una fiesta pagana que la ganaba con su belleza.

Cuando se llegaba a las orillas del gran canal, que marcaba desde la lejanía una línea en el horizonte, con la *guarda de ahuehuetes*, fila de árboles altos y puntiagudos que seguían el curso del agua, ofrecía un espectáculo deslumbrador. Se agrupaban junto al embarcadero centenares de barquillas, cubiertas de toldos floridos, en cuyo centro había una larga mesa.

Todo el canal estaba lleno de esas barcas, donde se celebraban las alegres meriendas. El indio remaba desde la proa, erguido e indiferente a todo. Parecía un ídolo, con su color bronceado, su frente estrecha y su nariz grande y aguileña.

En la popa, acurrucados en su posición habitual, iban los músicos, que tocaban los clásicos instrumentos de aire y alguna que otra guitarra o mandolina.

Se poblaba el canal de músicas, de cantos y de perfumes. Todos comían, reían y cantaban en las barcas floridas, que se entrecruzaban en los canales formados entre las *chinampas*. Eran maravillosas aquellas islitas floridas, flotantes, de las *chinampas*; aquel jardín artificial, formado con tanta paciencia, amarrando unas barquillas llenas de tierra a las otras, y donde se culti-

vaban casi todas las flores que se consumían en la capital de México.

El espectáculo era deslumbrador. Los lagos formados entre las *chinampas* parecían espejuelos entre la verdu-
ra y las flores.

Una multitud de esquifes pequeños seguía a las embarcaciones. Cada uno de ellos era conducido por una india, vestida con blusa rosa, al aire los mórbidos brazos rojos, que manejaban los remos; dos trenzas negras cayendo sobre el pecho, y sus ojos, negros y brillantes como gotas de tinta china.

En el centro del esquife estaba el hornillo encendido donde asaban las castañas y las *elotes*, o mazoreas tiernas de maíz, y donde se mantenían calientes los *tamares*.

Era un espectáculo tan brillante, tan extraordinario, que Guadalupe lo olvidaba todo para entregarse a su contemplación. Iba sola cerca de la proa. Rosario y su novio conversaban en la popa, muy juntos el uno al otro, dejando reflejarse en sus ojos el brillo de la voluptuosidad con que la naturaleza se infiltraba en sus cuerpos.

Inés y doña Margarita conversaban, muy intrigadas del último baile de la Embajada de Francia.

Era una tarde propia del país del oro. Una tarde dorada toda.

Entre los árboles que abrazaban los canales cantaban cientos de pájaros preciosos, que no había visto en España. Los cardenales lucían en su plumaje los siete colores del iris; la cresta roja de los gorriones americanos se encendía con la luz, brillando como un rubí, cerca de la belleza de las calandrias blancas y doradas.

Inés conoció la admiración de Guadalupe, y le explicó:

—Este no vale nada. Tienes que ver el *caturo resplandeciente*, que los indios llaman *quetral*; es como una tórtola, todo color de esmeralda. con su gran cola de un metro de larga. Lo malo es que no se le puede tener prisionero, porque se deja morir de hambre.

—Es tan coqueto—añadió doña Margarita—que hace dos entradas en su nido, para no tener que dar vueltas

al salir y estropearse la cola, pues está tan enamorado de su belleza que si se le rompe una pluma se entristece y se muere.

Guadalupe no decía nada. Era toda ojos. El aire, limpio y suave, había desvanecido toda la niebla que la evaporización de sus inmensos lagos suele formar en el amplio valle de Méjico. Se distinguía todo el cerco de altísimos montes de la serranía lejana.

El Popocatept, libre de la cortina de niebla, mostraba su vetusta y alta cima blanca, de ceniza y de nieve, destacándose sobre la base enorme, ennegrecida por la lava y coronado del leve penacho de humo, al que debió en la antigüedad su nombre de *Cerro que humea*. Era un gigante, viril, imponente, que daba la impresión de que con una sacudida de su cabellera de león podía deshacer el mundo.

A sus pies, como si durmiera en su regazo, estaba el otro volcán, el Iztacihuate, que con sus líneas graciosas parecía algo tan femenino que le valía el nombre de la *Mujer Blanca*.

Se interrumpieron todas las conversaciones para contemplar el espectáculo. La Naturaleza, grandiosa, imponía, sin que se dieran cuenta, el minuto de silencio y concentración de los grandes hemenajes.

Doña Margarita e Inés miraban casi con ternura maternal la enorme cumbre ancha del volcán.

—Esto no lo hay en Europa—dijo la primera.

—Ni en ninguna parte del mundo más que aquí—añadió con orgullo la otra.

—Son un dios y una diosa hechos piedra—explicó el novio de Rosarie, al que le gustaban las leyendas populares que personifican las montañas.

—Yo he oído—dijo su novia, tomando parte en la conversación, quizás para ocultar la emoción que la poseía—que es el lugar donde se guardan, hasta el día del Juicio, las almas de los malos gobernantes.

—En ese caso—repuso Guadalupe, sin poder contener su deseo de represalias—, ya deben estar bien llenos.

Habían llegado ante el muellecito que conducía a los jardines del depósito del agua, y vieron al general en

|||||| CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE) ||||||

la orilla. Sin duda sabía su paseo y las aguardaba. La barca se acercó y saltó a ella, imprimiéndola un movimiento de oscilación, como si la fuese a hundir con su peso. A Guadalupe le pareció que la tarde se había obscurecido y que desaparecía toda su poesía cuando le vió sentado junto a ella.

—Allí viene Alberto—advirtió el novio de Rosario.

Una barca enflorada no tardó en cruzar con la suya. Entre las músicas, los cantos y el alegre entrechocar de platos oía la voz alegre de Alberto. Iban varios amigos acompañando a tres señoritas. Los habían conocido y su primo se puso de pie en la borda saludando con una servilleta a guisa de pañuelo.

Una gran turbación se apoderó de Guadalupe. Sentía los ojos de su tía fijos en ella, y tenía miedo de venderse.

Maquinalmente abrió su bolso, del que se esparció un fuerte olor a perfume; sacó la polvera dorada, levantó la tapa y comenzó a ponerse polvos en la punta de la nariz y en los salientes de los pómulos, que la emoción había coloreado como si acabase de llorar.

Su tía sonrió de ver el gesto con que manejaba la polvera, restregándose y aplastándose los polvos como si se pusiera un emplasto.

—Esta monjita está por civilizar—pensó.

Le tocó el turno a la barra de carmín, que la dejó un manchurrón rojo sobre los labios.

El general se puso galante.

—Está usted tentadora así.

Ella no respondió.

—Me trata usted con demasiado desdén—siguió él—; pero yo estoy seguro de que usted acabará por querirme. El amor es como el fuego: se enciende uno con otro.

—No, general—dijo dulcemente la joven—. No es desdén. Es que yo no puedo amar a usted ni a nadie.

—Es usted demasiado hermosa para poder creer eso; yo no lo creo aunque me pelen de casquete.

—Pues le aseguro que es verdad. Podemos ser amigos.

...Bueno; sellemos el pacto.

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

Y rápidamente, antes que ella pudiera darse cuenta se inclinó, la sujetó la cabeza con su manaza y estampó dos besos chatos y sonoros sobre los labios de Guadalupe.

Luego, con su gran carcajada, explicó a los demás:

—Hemos sellado un pacto de amistad.

Sacó el pañuelo y se lo pasó por la boca, diciendo:

—¡Diable! ¡Me pensé que era sangre! Me he traído todo el colorete de los labios. Como si me los hubiese comido.

Guadalupe lloraba desconsoladamente. En vano su tía e Inés la decían que era una broma sin importancia.

Ella se sentía como deshonrada con aquel beso; como si hubiera cometido un adulterio con el esposo místico. Además había visto, entre sus lágrimas, algo raro en la barca donde iba Alberto, algo como si hubiera ido a zozobrar, como si hubiera habido en ella una lucha. Pensaba que su primo la había visto, que quiso ir en su socorro y que no lo habían dejado. Sentía una gran vergüenza de volver a presentarse ante él.

El general se disculpaba:

—Va usted a hacer que me raje de mi atrevimiento. No pensé que lo iba usted a tomar así.

Y como no le contestaba, venció en él su orgullo imperioso, y al llegar a la orilla cogió a su hermana por el brazo y la arrastró detrás de sí, sin despedirse siquiera, exclamando:

—¡Bah! ¡A mí una mujer me importa siempre tres piedras y un te petate!

V

LUGAR DE ADORACIÓN

Se hallaba feliz Guadalupe apoyada en el brazo de Alberto, en aquella excursión a Teotihuacan que hacían los dos solos.

Era rara la gran amistad que se había formado entre los dos primos, a pesar de la poca simpatía con que se vieron al principio.

Ya le parecía a Guadalupe casi bello el muchacho, tan desgarbado, con su tez de cáscara de calabaza, verdosa y granujenta. Verdad era que había puesto, sin querer, cierto orgullo en operar una transformación del carácter de Alberto. El joven se había dulcificado. Hacía mucho tiempo que no gritaba con la *vieja*, como llaman los mejicanos a sus madres o a las personas que les son muy queridas. Desde el día que sorprendió una lágrima en los ojos de Guadalupe al verle pegar a una india, no había vuelto a maltratar a los criados.

Hubo una explicación entre ellos después de lo ocurrido en Xochimilco. Aquella noche él no había ido a la mesa y al día siguiente salió temprano y no volvió hasta la madrugada. No quería ver a Guadalupe.

Fué ella la que llamó de modo inesperado a su puerta.

—¿A qué vienes?

—No quiero que me juzgues mal. No sé por qué sólo en ti tengo confianza para que me ampares contra todo.

—¿Te crees que no he visto?

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

—No...

—Y da gracias a que estaba demasiado lejos para hacer blanco y que aquellos amigos, que se ríen de mí, me quitaron el revólver.

—Hubieras hecho mi felicidad matándome en ese momento, Alberto!

—¿No habías tú dado lugar?

—Te juro que no. Estabas demasiado lejos para ver mis lágrimas y mi desesperación.

—¿Y él?

—Se marchó airado, diciendo que toda mujer le importaba un comino: *tres piedras y un petate*.

—¿Pero después?

—Eso quería decirte. No ha vuelto aquí, pero yo le he visto pasar de noche debajo de las ventanas, parece que me acecha como un lobo. He tenido miedo y se lo he dicho a tu madre.

—¿Y qué te ha respondido la *vieja*?

—Se ha reído de mí, y me ha dicho que ande con cuidado de no comprometerte a ti ni a la familia, que lo que debo hacer es no salir. Por eso me quedo estos días en la casa sola. Cuando tú no estás cierro las puertas, la india Socorro me ha contado que los hombres raptan aquí a las mujeres...

—Has hecho bien en decírmelo. Puedes estar tranquila.

Desde aquel día la amistad de los dos primos crecía. La sombra del general se había desvanecido. Doña Margarita y Rosario apenas se ocupaban de ellos, lo que les permitía pasar los ratos conversando o leyendo juntos.

Una tarde él le propuso dar un paseo. Estuvieron en los Viveros, vagando entre el laberinto de calles de cipreses, recortados de formas tan variadas. Guadalupe, olvidada de su reserva, corrió por los paseos enarenados detrás de las mariposas azules, que había visto en los museos de Europa, y comieron arropo y naranjas en medio de la calle.

Desde entonces los paseos se repetían con frecuencia. Iban a Chapultepec, entre cuyo inmenso bosque Alberto le contaba la historia de la fundación de la ciudad.

||||| CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE) |||||



LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

dad, en el sitio donde se cumplió la tradición de encontrar, en medio del lago, un nogal, donde un águila devoraba a una serpiente.

Con su orgullo de mejicano le solía decir, entre las maravillosas avenidas de fresnos y palmeras:

—¿No es cierto que esto vale más que el Bosque de Bolonia? Todo el mundo lo dice.

Le narraba los ejemplos de heroísmo de su historia, de su Guatemec resistiendo el martirio que le daban los españoles, con los pies en las brasas, sin lanzar una queja, y que aun tuvo fuerza para sostener el valor del amigo que iba a descubrir su tesoro, con la célebre frase: "Acaso piensas que yo estoy en un lecho de rosas."

Ante el castillo, le contaba la heroica defensa hecha por niños, que murieron envueltos en su bandera. Sentía un entusiasmo por la raza india, a la que fingía desdén, y cuyas virtudes exaltaba continuamente. No había ninguna raza más astuta y sufriente que mejor supiera esperar.

Así como él amaba a Europa en ella, Guadalupe comenzaba a amar a Méjico en él.

A veces sentía una ligera alarma de aquella amistad, pero su deseo la tranquilizaba bien pronto.

—Somos primos, casi hermanos—se decía—, y jamás se ha pronunciado entre nosotros una palabra de amor. Es un cariño puro, fraternal.

Entre todos los paisajes la sorprendía el de Teotihuacan.

—¿Verdad que no te rajas de haber venido?—le preguntaba Alberto.

—No, no *me rajo*—respondía ella, marcando la palabra, que aceptaba, para decir *no me arrepiento*, con una graciosa coquetería.

Se infiltraba en su espíritu como un sedante, después de los paisajes frondosos, fuertes, lujuriantes, de las cercanías de la ciudad de Méjico, el ambiente de aquel lugar, de aspecto romántico y árido, con una aridez triste. El silencio, la calma, la desolación que le envolvía todo, llevaba su frialdad a templar su espíritu,

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

de sus escudos de plumas blancas y garras de tigre o águila.

Los cautivos se distinguían por su cuerpo pintado de blanco, sus caras rojas, con las mejillas negras, el labio superior cubierto por un bezote de pluma.

Los señores los velaban toda la noche allí, ante el templo; a la mañana siguiente ellos mismos los desnudaban, arrojaban al fuego las prendas, les afeitaban la coronilla, cuyo cabello guardaban, y los dejaban abandonados.

Entonces tocaba el turno a los sacerdotes, que los subían a cuestras hasta lo alto de aquel templo y los arrojaban, atados, al inmenso brasero, que perfumaba las bascas de la muerte, los sacaban de la hoguera para la atmósfera con los polvos de incienso. El fuego no tardaba en consumir las ligaduras, y el pueblo, que ocupaba la vasta galería, conservada aún, contemplaba el espectáculo de verlos moverse sobre las ascuas desesperadamente, hasta que ya en la agonía, presas de abrirles el pecho sobre la Piedra de los Sacrificios y ofrecer al dios los corazones calientes, de los que se escapaba aún el humo vital.

Después comenzaba la orgía, la subida a la gran cucaña, cuyo vencedor era llevado, con los honores del triunfo, a su domicilio, y la alegría y el deseo de vivir que, como contraste de la muerte, se esparcía por todas partes. Era entonces cuando, al compás de las músicas, se cumplía el rito de abrirles las orejas a todas las niñas.

Ella protestaba. No podía simpatizar con la tradición de una religión de crueldades y con los dioses y los ídolos tan horrendos. Todas aquellas imágenes que se guardaban en el pequeño museo eran desagradables por su fealdad; Teoyaomiqui, diosa de la muerte, con sus dos cabezas de serpiente, de ojos y lengua fuera, amarradas al cordón de perlas de su cuello las manos cortadas; toda la multitud de piedras de sacrificios, donde sujetos por un pie tenían que combatir los cautivos hasta caer extenuados. Hasta detrás de la Ciudadela, el magnífico y raro templo de un dios desconocido, quizás

|||||| CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE) ||||||

el dios del agua y el trueno, quizás Tlaloc, el soberano del infierno, todo rodeado por la gran serpiente de plumas y garras, que se mordía la cola.

Desde la gran pirámide del Sol a la pirámide de la Luna, la mayor de todas, se distinguían a un lado y otro del camino siete pirámides pequeñas, que interpretaban algunas como la representación de los siete satélites.

Aquella calle, que llevaba el fatídico nombre de *Micoat*, "Valle de los Muertos", se hacía difícil de recorrer, por el pavimento de escoria y basalto, que dificultaba poner los pies, y por la multitud de langostas, que saltaban a su alrededor a cada paso, subiéndosele a los vestidos. Pero lo que más la molestaba eran las enormes hormigas negras, que parecían tener dos cuerpos unidos por la parte de detrás y con una cabeza en cada extremo, gordas, como una cabeza de alfiler negro, y que se le subían a los pies y la picaban hasta por encima de las medias.

Alberto propuso llamar la carretilla que hacía el servicio a la estación para conducirla, pero ella se negó. Tenía la curiosidad de ver qué había en el interior de las pirámides. Pero la visita a las dos exploradas los defraudó. Aquellas excavaciones no decían nada al espíritu. Acaso habían sido exploradas de antemano, acaso no lo estaban lo suficiente aún.

—Vamos a almorzar.

Se dirigieron hacia la parte moderna, por decirlo así, del valle. Allí se alzaban algunas casas, un hotel, el emplazamiento del teatro al aire libre y un museo de industria moderna.

Guadalupe mostró deseos de verlo. Recorrieron rápidamente las salas de cerámica y se detuvieron en la de tapices.

Para recompensar el trabajo del guía que se lo mostraba Alberto compró un tapete pequeño. Sobre la puerta de la gran sala de los telares había un cartel: "Se necesitan tejedoras."

—Será muy difícil encontrarlas—comentó ella—. Son verdaderas maravillas las que tienen que realizar.

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

—No lo crea usted—respondió el guía—, es un oficio para el que cualquiera sirve. El mérito está en el archivo de dibujos clásicos que poseemos y en el secreto de los colores, todos vegetales, que nadie más que nosotros tiene. Lo malo es que esto se halla tan lejos, tan solo, que las obreras no se acomodan a vivir aquí.

Al salir encontraron una multitud de *chamacos* que les ofrecían pedazos de estatuillas rotas y cántaros de barro.

Signieron adelante en dirección al hotel, y de pronto Alberto dijo:

—Mira, mejor es ir al restaurante de "La Gruta".

No tardaron en llegar. Era toda una montaña hueca, que amenazaba desplomarse, en cuyo centro había colocado un restaurante un hábil italiano.

—Esta es la gruta que se asegura que ocupó Quetzalcoath—dijo Alberto—. A ti te gustará.

—Te confieso que es la única de vuestras divinidades que me agrada. Tiene algo de Jesús.

—Más bien de Buda.

Había sido Inés la que le había contado la historia extraordinaria de aquel rey de Tula, medio dios, medio hombre, medio pontífice y medic hechicero. Fué él, el *hombre blanco*, el que se atrevió a predicar al pueblo feroz contra el derramamiento de sangre y a decir que a Dios no se le podían ofrecer más que flores, frutas, pan de maíz y, a lo sumo, mariposas, serpientes y gomos.

Era un hombre superior, que no miraba a los astros sino al fondo de los cielos. Predicaba la idea de pecado y expiación, y se punzaba el cuerpo con agujas de esmeralda, después de haberse bañado a media noche en las aguas del río Teotihuacan.

Se había refugiado en aquel monte, que se abrió para albergarlo, huyendo de los que no comprendían su doctrina de paz, en aquel valle de Teotihuacan, que era el teatro de las grandes fiestas religiosas, de los grandes sacrificios, donde se inmolaban cautivos y criminales ante divinidades sanguinarias. Y allí se había atrevido a ir aquel hombre hablando de cosas que no



LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

podía haber aprendido en ninguna parte: ayuno, castidad y abluciones de un valor purificativo y bautismal.

La hermana del general que, a pesar de su rostro peludo y su enorme barriga, era una romántica sentimental, parecía haber tomado a su cargo la vindicación de la fama de crueles de los antiguos indios. Negaba siempre que fueran ciertos los sacrificios humanos, y sostenía que los corazones que ofrecían a los dioses eran de personas muertas de muerte natural. La gran figura de Quezalmoatl servía de base a su doctrina.

Los dos jóvenes se sentaron cerca de una mesita, y bien pronto olvidaron los paisajes y las teogonías para entregarse al placer de la conversación y la comida. Se les borraba la idea de su situación, los temores de lo porvenir, las imágenes de las personas que vendrían a turbar su felicidad, los votos de ella. Respiraban la paz del buen hombre blanco que predicó allí el evangelio cristiano sin conocerlo.

—¿Estás contenta, vieja?—preguntó él con ternura.

—Sí..

La mano de Alberto buscó la de su prima y la apretó, sin que ella protestara, entre la suya. Pero de pronto la soltó y escapó corriendo de la gruta, sin sombrero, sin coger el bastón, como en persecución de algo.

La joven, inquieta, no sabía qué hacer, ni se atrevía a moverse bajo la mirada de desconfianza del hostelero.

Al cabo de media hora volvió Alberto. Venía rojo, sudando, jadeante, de haber corrido mucho.

—¿Qué te ha sucedido?

—Nada..., creí ver pasar ante la puerta... a un amigo.

Ella comprendió. Tenía también la impresión de haber visto la mastodóntica silueta del general.

—¡Alberto!

—No hablemos de eso.. Creo que ya se habrá rajada de molestarnos.

El fin de la comida y la vuelta fueron tristes.

Aquella noche Guadalupe vió a Alberto limpiar sus pistolas.

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

do al aire, montada, la pistola que había de dar la muerte al agraciado.

No hacía muchos días dos enamorados, excitados por la marihuana, se habían jugado la vida a los naipes, y la mujer, gananciosa, había matado a su novio, después de negarse él a que le perdonara la deuda.

Inés, que no se apartaba de la cabecera de la cama de su hermano, le suplicó también:

—¿Por qué no declaras la verdad?

Pero él no cedió.

—No..., si me muero, lo perdono... Si me curo, te lo traigo...

Todo el mundo estaba tan intrigado, que hasta había perdido el interés la vista de la causa de los dos hermanos llamados *el Príncipe* y *la Princesa Sforza*, que habían cometido un asesinato y aseguraban haberlo hecho contra su voluntad, por el mandato imperioso de su antepasado *Pedro el Negro*, que se había posesionado de sus cuerpos. Era una causa curiosa. El Jurado que había de juzgar al *espíritu de Pedro el Negro* estaba indeciso, intervenían hombres de ciencia y la multitud se apasionaba hasta hacer de aquel asunto la más palpitante actualidad. Pero el estado del general interesaba más aún. Era un hombre poderoso y popular, que había llamado la atención siempre con sus hazañas, su lujo y su excentricidad, y que surgiría el problema de aquellas treinta y cinco viudas, de las cuales sólo la última esposa sería considerada legítima.

Doña Margarita y Rosario habían ido a verlo, y se complacían en contar sus impresiones con gran lujo de comentarios.

Alberto y Guadalupe nada decían. La joven tenía la certeza de poder señalar, sin equivocarse, al agresor de aquella venganza tan feroz como las corsas y las sicilianas.

Sentía remordimientos de haber sido ella, aunque involuntariamente, la causa de lo sucedido. Experimentaba una amargura tan inmensa que hubiera dado de buena gana su vida, sin vacilar, por la vida de aquel hombre que le era tan repulsivo. Sobre todo la hubie-

||||| CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE) |||||

ra dade como en expiación de la culpa de Alberto, por verlo libre de la mancha de sangre que había caído sobre él.

Cuando llegó la noticia de la muerte del general sintió un frío enorme dentro del corazón. Aquello era algo que la separaba aún más de la vida. Le parecía un castigo que le infligía la Providencia.

En la noche de insomnio, su cerebro, como una cinta de cinematógrafo que al desenrollarse ante la pantalla proyectase en ésta las escenas que primero la han impresionado, le evocaba el principio de su vida: todos los cuadros de su infancia y su juventud; pero aquellas impresiones no venían ya limpias y netas, como las había recibido, se presentaban acompañadas de la crítica, como si en la proyección les hubiesen corregido los letreros.

Había sido la suya una vida de mujer adormilada que no había despertado a la realidad, sufriendo la tragedia del fracasado amor de su madre en una casa triste. La habían consagrado al claustro como un exvoto.

Su mal era haber salido del claustro. En él su sueño habría durado siempre. Se hubiera muerto sin haber vivido, pero feliz en la inconsciencia. Ahora era otra cosa. Lanzada en medio del mundo demasiado tarde, descentrada en él, veía con remordimiento que no había sabido conservar en toda su pureza su investidura de esposa de Cristo.

Había sido débil para la lucha y se había plegado a todas las exigencias por tener un albergue. No había sabido defender ni su propio corazón. Conocía que se había dejado seducir con exceso por la vida mundana, que se había aficionado a ella, y que la amistad por su primo estaba lejos de la pureza del amor fraternal.

—Alberto está enamorado de mí—se decía con una mezcla de pesar y satisfacción.

No le cabía duda de que su primo la amaba y de que su amor había costado la vida de un hombre.

Le parecía aquello un castigo de Dios, tal vez influido por los castigos y las crueldades de todos los dioses foltecas y aztecas.

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

Comprendía que necesitaba huir del lado de Alberto. Pero ¿adónde ir? La Orden no la había contestado. Tal vez no existía ya, acosada por las persecuciones, o quizás ne habían aprobado su conducta. De su padre hacía una semana que recibió carta, desentendiéndose de su petición de volver a Europa y diciéndola que estaba muy contento de verla al lado de su tía, que sería su segunda madre, mejor que en el convento.

No tenía ya puesto al lado de su padre. La casa que fué de ella y de su madre era ahora la casa de la madrastra. Su presencia sería un estorbo.

Se sentía monja por dentro. Más monja ahora que nunca. Se encendía, con la protesta contra el amor que le inspiraba su primo, más fuerte y más vehemente su misticismo. Se volvía más hacia la Divinidad.

En su deseo de soledad recordó la calma del valle de Teotihuacan, que tanto la había impresionado el día de la tragedia. Aquél sería un seguro lugar de retiro y de aislamiento para consagrarse al Señor, lejos del mundo, tal vez más sola y más lejana que en el claustro.

Recordaba el cartel "Hacen falta tejedoras", y sentía el deseo de lograr aquel puesto modesto, de vivir allí perdida, trabajando, para buscar la paz de su conciencia.

VII

LA TEJEDORA

Las grandes ventanas del taller de la fábrica de tapices de Teotihuacan dejaban entrar raudales de luz en la sala de los telares. Una docena de mujeres tejían, acompañando su labor de conversaciones con las que tenían más cercanas, de risas y de cantos.

Sólo una, colocada al extremo de la sala, lejos de todos, tejía con ardor, sin distraerse un momento de su labor, absorta en ella, como si entretejiere con los hilos de colores de las lanzaderas sus recuerdos y sus ensueños.

Al principio, aquella obrera extranjera había suscitado protestas; pero bien pronto se había conquistado el cariño de todos por su dulzura y por su bondad.

Guadalupe no oía allí ni siquiera pronunciar su nombre: la conocían solo por *Mónica*.

La joven había tomado la resolución de confesarse con su tía y rogarle que la proporcionara aquel empleo. No le había costado gran trabajo convencer a doña Margarita.

Había salido de su casa tan inopinadamente como entró. Sin despedirse de nadie, sin darle un abrazo a Rosario, sin decirle adiós a Alberto.

Doña Margarita se encargó de contarles a todos que se había embarcado para Europa, reclamada por los suyos.

Así, Guadalupe quedaba muerta para el mundo, en-

LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN



LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN

en su ser en aquellos crepúsculos melancólicos, en los que el Sol bañaba con sus últimos rayos la cumbre de su antiguo templo, o de las noches serenas, cuando la Luna iluminaba las Pirámides, donde se la había adorado.

El campo verde era como un mar cuyo oleaje se hubiera petrificado. No había una flor. Sólo los nopales y los agares con su rusticidad, o los tristes árboles de Judas, con un balanceo fatídico, ponían mayor tristeza.

Y su alma encontraba allí el descanso. La relación que la unía a la Divinidad se hacía más fuerte. Parecía como si en aquel lugar de adoración, la fe común hubiera condensado en su atmósfera algo que hacía sentir el perfume a incienso de los templos. Al culto bárbaro de los dioses de los indios sucedía el culto místico a Jesús. A los ritos fastuosos de los antiguos templos, aquel rito solitario, que apenas se escapaba del corazón de *Mónica*.

Pero Teotihuacan encontraba en ella el sacerdote que perpetuaba su culto: la Divinidad seguía teniendo allí su "lugar de adoración".

Méjico, 1926.

El gran novelista Alberto Insúa en "La Novela Mundial".

Desde el próximo septiembre, fecha en que termina sus compromisos anteriores con otras publicaciones similares, Alberto Insúa, el maestro de la novela amena e interesante, se incorpora a la lista de nuestros colaboradores, lleno de un gran entusiasmo y decidido a trabajar con toda intensidad.

Pruebas al canto: nos ha prometido darnos una novela mensual, a partir del mes de septiembre próximo. Las dos primeras serán:

En el alegre Madrid de 1905.

Ast se titula el primer original inédito entregado por Alberto Insúa, y en él se evoca una de las épocas más pintorescas y simpáticas de la Corte, que alcanza ya un valor romántico.

Conocida la afición del gran novelista a los temas madrileños, "En el alegre Madrid de 1905" es seguro logro un ruidoso triunfo, similar al que acaba de obtener en París con la traducción de su novela "Las flechas del amor".

Mademoiselle Simone en Madrid.

La segunda novela de Alberto Insúa pertenece por su asunto a las suyas que pudieran agruparse bajo la fórmula de "Madrid-París", en las que por su profundo conocimiento de ambas ciudades, y por estar henchidas de un interés y de una gracia difícilmente logrados por otros escritores, obtiene Insúa triunfos tan clamorosos como el que acompañó a la aparición de su libro "Des francesas y un español".

Al anunciar estos que han de ser éxitos memorables para LA NOVELA MUNDIAL, probamos de modo incontable el interés que ponemos en abrigar nuestra publicación.

LA NOVELA MUNDIAL

DIRECTOR: J. GARCIA MERCADAL

*Redacción y Administración: Paseo de San Vicente, 20.
MADRID. — Apartado 8.015.*

Números publicados.

1. Pío Baroja.—*La casa del crimen.*
2. M. Ciges Aparicio.—*La honra del pueblo.*
3. A. Hernández Catá.—*El viaje sin fin.*
4. José María Salaverría.—*Jardín cerrado.*
5. Manuel Bueno.—*La dulce mentira.*
6. Cristóbal de Castro.—*La Inglesa y el trapense.*
7. Andrenio.—*La perfecta casada.*
8. Tomás Borrás.—*Noche de Alfama.*
9. } Máximo Gorki.—*Una mujer.*
} Juan José Domenchina.—*El hábito.*
10. Ramón del Valle-Inclán.—*El terno del difunto.*
11. Federico García Sánchez.—*La comedianta china.*
12. E. Gutiérrez Gamero.—*Shakespeare II.*
13. } Clarín.—*Avechía.*
} Luis Santullano.—*Carrocera, labrador.*
14. José María Matheu.—*La cadena rota.*
15. Eugenio D'Ors.—*Magín o la previsión y la novedad.*
16. B. Morales San Martín.—*El último amor de Don Juan.*
17. Luis López Ballesteros.—*«Si... no... ¡Qué sé yo! o la última aventura de Sustenos Villamarciel.*
18. Jesús R. Coloma.—*Los hijos de la carroña.*
19. Rafael López de Haro.—*¿Eres tú?*
20. José Toral.—*Los tres dones del diablo.*
21. Carmen de Burgos (Colombine).—*La Misionera de Teotihuacan.*

Aparecerá el jueves 12 de agosto de 1925, el número 22

PABLO PARELLADA

LA MOSCA DORADA

SEGUNDO CONCURSO DE LA NOVELA MUNDIAL

PREMIOS:

- 1.º UN MAGNIFICO AUTOMOVIL
- 2.º UN SOBERBIO MANTON DE MANILA
- 3.º OTRO MANTON DE MANILA

Los dos de la tan acreditada casa GIMENEZ,
Calatrava, 9, Madrid.

- 4.º UNA BICICLETA MARCA «THOMANN»
- 5.º OTRA BICICLETA MARCA «THOMANN»

Representada en España por la casa
DOMINGO ALVAREZ LEON, P. de Isabel II, 7. Madrid.

Cada ejemplar, a partir del número 16, llevará un cupón numerado, y todos estos cupones se canjearán después por un número, para tomar parte en el sorteo.

El sorteo se verificará en Madrid y ante notario en el local y día que oportunamente se anunciarán.

Los cupones, para ser canjeados, deberán adherirse a la matriz publicada en el número 15.

Segundo concurso de
LA NOVELA MUNDIAL
Cupón núm. 6.

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-mis



1000824

0824

LEA USTED



COMO VIVEN LOS TOREROS EN MADRID.—HISTORIA AMENISIMA Y DRAMATICA DE UNA COMPETENCIA.—UNA ENCANTADORA FIGURA FEMENINA.—EL TORERO "MACHO" Y EL TORERO DE SALON.—DESCRIPCIONES DE CAPEAS, TIENTAS Y GRANDES CORRIDAS.—LA GRAN FERIA DEL PILAR.—EL TORO EN EL CAMPO DE ANDALUCIA. UN DESENLAOE NUEVO Y TRAGICO.—NUMEROSOS PERSONAJES ARRANCADOS DE LA REAL.—UN ESTILO CLARO, EXPRESIVO Y BRANTE.—UNA NOVELA DIGNA DE SU FA. AUTOR.—UNA HERMOSISIMA PORTADA DE I

Volumen, 5 ptas.-Pedidos a La Novela Mui

35